



DECLARACIÓN ANTE EL RECHAZO DEL INFORME SENAME II

El jueves 6 de julio la liturgia católica nos regaló una voz sabia que viene del cielo: “Abraham, no pongas tu mano sobre el muchacho y nos le hagas ningún daño”. Un poco de consuelo frente al escandaloso episodio del día anterior en la Cámara de Diputados. Consuelo de saber que Dios no abandona a los niños y niñas que más sufren por nuestra torpeza y negligencia. No los abandona menos aun cuando todo a su alrededor se tiñe de dolor y abuso sistemático. Dios ama con amor entrañable. Es nuestra convicción. Pero nosotros los seres humanos, los adultos, especialmente quienes tenemos responsabilidad por la vida y la integridad de niños y niñas no podemos, por sentido ético, superponer intereses mezquinos por encima del cuidado que nos corresponde desplegar, desde lo cotidiano hasta la esfera política institucional.

Nuevamente el Estado da muestra de que no tiene ningún interés en honrar la memoria de los 1.313 niños fallecidos en los últimos 12 años, estando bajo su protección. Tampoco hay señales claras respecto de querer corregir con fuerza y urgencia las estructuras que hoy atentan contra la dignidad de tantos niños, niñas y jóvenes.

La sociedad también debe hacer una profunda autocrítica, porque si el Estado debe intervenir como agente protector, se debe en gran medida a que en muchas familias, barrios, colegios, comunidades y organizaciones, la vulneración de derechos se instaló como una práctica naturalizada. Y en esto tienen una particular responsabilidad aquellos organismos que ven en este triste escenario una oportunidad de lucro o de desempeño laboral que debe ser sostenido, perpetuando artificiosamente las condiciones de vulnerabilidad. Esta autocrítica debe pasar también por el reconocimiento de organizaciones de la sociedad civil expertas en infancia, que muchas veces usan el discurso sobre los derechos de los niños como una palanca para acceder a poderes y privilegios políticos.

Hay organizaciones colaboradoras de la Red SENAME –y muchas que son de iglesia- que trabajan bien y no se turban con este juego del incentivo perverso. Pero incluso esta rectitud se circunscribe en un sistema que debe ser corregido desde sus bases y, en este sentido, el silencio o la tentación de dejarse llevar por el status quo es signo de una complicidad que las tensiona permanentemente.

Los legisladores pueden hacer un fuego cruzado buscando entre ellos culpabilidades y traiciones, pero la principal ceguera sigue siendo no ver a los niños y niñas como sujetos de derecho. Y si en este lamentable episodio rasgan vestiduras frente a un sistema abusivo, es legítimo pedir coherencia cuando se trata de ver también a los niños que están por nacer, que merecen y necesitan más que nadie la elocuente protección del Estado y de la sociedad.

Volviendo a la liturgia católica, el 6 de julio también fue el día de Santa María Goretti, niña violentada que en su pasión perdonó a su agresor y oró por su conversión. Encomendamos a ella, mártir de la esperanza, a todos los niños y niñas de nuestra patria.

P. Andrés Moro V.
Vicario para la Educación
Arzobispado de Santiago